

es una ruina que aún levanta hasta veinte metros sus paredes de ladrillos con anchas aberturas. Quedan además otros edificios. Una basílica se ha convertido en un templo luterano, y en la parte central de la catedral hay una iglesia circular con cúpula, fundada por Graciano, que es, a no dudarlo, el templo más antiguo de Alemania.

Estaba situada Tréveris en una hermosa vega, embellecida por todas las elegancias de la civilización. Leyendo á Ausonio se puede colegir lo que tres ó cuatro siglos de dominación romana habían hecho del valle del Mosela, antes tan salvaje y desierto como todas las comarcas vecinas. Entre las tristes selvas de Germania y los Ardenas, apareció ante los ojos maravillados del poeta bordelés como un oasis florido, casi tan bello como su querida Garona. Serpenteaba el río, límpido y abundante en pesca, entre dos hileras de colinas cubiertas de bosque y prados y viñedos ya célebres, cuyos vinos eran muy estimados. A derecha é izquierda, en los salientes de las rocas se elevaban las quintas de recreo construídas por los proveedores del ejército. Nada les parecía demasiado caro para adornar estas quintas. Las salas del museo de Tréveris, el mosaico que queda en Nennig, el mausoleo de los Secundinos en Igel, patentizan su magnificencia. A veces este lujo dejaba bastante que desear en cuanto á gusto. El mausoleo de Igel, con las esculturas que le cubren desde la base á la cima, no brilla por su sobriedad. Pero esa exhibición de riquezas, ese lujo indiscreto corroboran lo que ya sabemos de las costumbres de los treverios.

Tanto brillo desaparecía volviendo al Sur. La roturación de los Vosgos no empezó hasta la época de San Columbano, á fines del siglo vi. Sólo un camino los atravesaba por el collado de Saverne (*Taberna*). Poco sabemos de Toul, capital de los leucos. Los hallazgos arqueológicos fueron más abundantes en los *vici, Nasium* (Naix-aux-Forges) y Grand, en el Mosa. Langres nos ofrece sus inscripciones y su puerta, construída en los siglos III ó IV. Era un centro manufacturero muy importante. Sus fábricas rivalizaban con las de Arrás en paños y singularmente en esas capas con capucha cuyo uso se generalizó hasta fuera de la Galia. Pero Besançon tenía más importancia que Langres. La capital de los secuanos se había embellecido mucho durante el siglo II. Como Langres, recibió el título de colonia y probablemente un envío efectivo de colonos. Lo cierto es que no dejó de ser una plaza fuerte. El ópido galo existía aún en la roca donde se levanta la ciudadela de Vaubán. Ocupaba una situación estratégica demasiado ventajosa entre las cuencas del Ródano y del Rhin, para que se pensara en desmantelarlo. Más abajo, en un recodo del Doubs se levantó una ciudad que todavía se advierte bajo el Besançon moderno. Su arco de triunfo y su teatro subsisten aún en todo ó en parte. Interesantes excavaciones han permitido reconstituir el aspecto de su Campo de Marte en el punto que le debe su nombre de Chamars (*Campus Martius*). Al Norte de Besançon, no lejos de Montbéliard, Mandeuire, *Epomanduodurum*, aparece como la segunda ciudad de la región por las numerosas antigüedades que encierra.

En la opuesta vertiente del Jura estaba el país de los helvecios. César les trató con benevolencia después

de su derrota. Les había enviado á su país con el título de aliados, pidiéndoles tan sólo que vigilaran á los germanos, y ni él ni sus sucesores tuvieron que arrepentirse de tan hábil y generosa política. Los helvecios sólo tomaron escasa participación en el gran levantamiento de Vercingetórix y después permanecieron siempre fieles. Su territorio no era tan extenso como antes. Les había sido mutilado por distintos puntos. En el Norte habían tenido que evacuar una parte de la margen derecha del Rhin para defender mejor la izquierda. Al este, Augusto, al formar la provincia de Recia, la incorporó la parte oriental de Suiza formada por los cantones de Thurgovia, Appenzel, Saint-Gall, Glaris, Grisones. Al Sur el Velais, después de formar parte de la Recia, quedó englobado en la pequeña provincia de los Alpes Poeninos. En fin, al Noroeste y Sudoeste la creación de las dos colonias de Rauracorum y Nyón disminuyó el dominio de la ciudad helvética.

Nyón, á orillas del Lemán, á corta distancia de Ginebra, cerca de la Narbonense, recordaba las brillantes colonias del valle del Ródano. Su nombre (*Colonia Julia Equestris Noviodunum*) nos revela que fué fundada en igual época, con anterioridad al 27 antes de J. C., con un destacamento de veteranos de caballería. *Augusta Rauracorum* (Augst), no lejos de Basilea, era contemporánea de Lyon, y como Lyon debía su origen á Munacio Planco. Más tarde recibió el epíteto de Augusta. Estaba destinada por su fundador á servir de punto de apoyo para la defensa aún mal organizada de la frontera renana. Ambas colonias estaban encerradas en estrechos límites. Quedaba á la ciudad de los helvecios toda la parte central de la meseta del Jura y el valle del Reuss. Tenía por capital Avenches (*Aventicum*) en el camino que más al Sur se bifurcaba de un lado hacia Lyon y del otro hacia el Gran San Bernardo. Avenches era una de las ciudades que debían su florecimiento al paso de los ejércitos, y el aspecto de sus ruinas demuestra que supo aprovechar esas circunstancias.

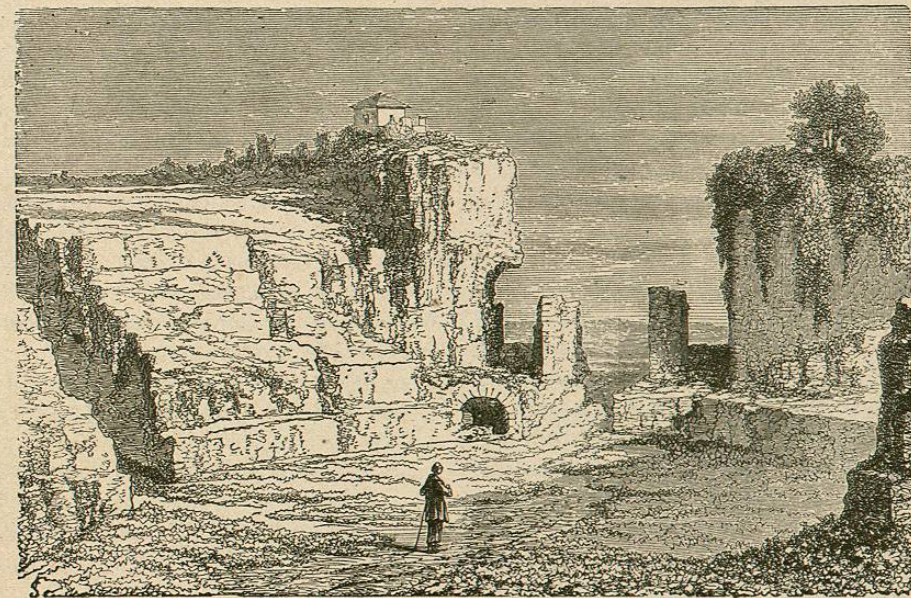
Aquella comarca fué durante casi un siglo una zona militar expuesta no sólo á los ataques de los germanos, sino también á las depredaciones de las tribus alpinas. La protegía contra aquéllos la legión de *Vindonissa* (Windisch). Vindonisa, en la confluencia del Dar y del Reuss, en mitad del camino, entre el ejército del Rhin y el del Danubio, pareció más adecuada para las necesidades estratégicas que el punto elegido por Planco. Y esta fué sin duda la razón que desde un principio hizo que la fortuna no favoreciera á la colonia de los rauracos. Para evitar el otro peligro se había construído á lo largo de las vías militares, en los valles laterales, una serie de fortines que podían, en caso necesario, prestarse mutua ayuda. Los helvecios contribuían á la defensa, no ya por los contingentes que daban á los romanos y que servían fuera del país, singularmente en la Recia, sino por los cuerpos que mantenían á sus expensas, para utilizarlos en el mismo país en virtud de un privilegio especial (1).

Esta situación cambió tan pronto como la extensión del dominio romano, en la cuenca del Neckar, llevó la frontera al otro lado del Rhin. Este suceso, que coinci-

(1) La institución en Nyón de un prefecto encargado de combatir á los bandidos (*praefectus arcendis latrocinis*) encaja en este sistema. Libro III, capítulo II, párrafo 5.

de con la elevación de Avenches á la categoría de colonia (*Colonia Pia Flavia Constans Emerita Aventicum Helvetiorum federata*) inauguró para los helvecios larga era de paz y prosperidad. Esta fué, como en otros países, la época decisiva de la romanización. No por esto cabe afirmar que fuera en todas partes igualmente profunda. Mientras abundan las inscripciones en el Sudoeste, teniendo en cuenta la densidad de la población, son más raras en el Este y el Norte, en los cantones de Berna, Soleura, Argovia, Basilea, y lo que es más característico es que se deben en su mayor parte, no á indi-

séquito de éstos. Ex soldados y negociantes se acomodaban en el país para casarse allí, y de este modo la inmigración, que era insignificante en el interior, menos en la Narbonense, fué muy grande é imprimió su sello indeleble, si no en las capas profundas, en la superficie. En Galia, como en todas partes, los ejércitos colocados en la periferia del Imperio formaban á las provincias una especie de marco, más romano en apariencia que las provincias mismas. En aquella zona no todo estaba romanizado; pero las partes que lo estaban, lo estaban por completo.



Ruinas del anfiteatro de Tréveris

genas, sino á funcionarios ó á soldados. La distinción que hoy existe entre las dos Suizas alemana y románica se remonta, pues, á la antigüedad, salvo que, en vez de una Suiza alemana, teníamos entonces una Suiza céltica. Al sobrevenir la invasión germánica, el latín persistió en las comarcas donde estaba más en auge. Representaba una tradición que se impuso á los mismos bárbaros. El céltico carecía de condiciones para la lucha y no conservaba el sedimento de una civilización superior. Era, pues, natural que cediera ante la del vencedor.

Estas provincias nos reservan una sorpresa. En ellas la civilización tiene un carácter menos autóctono que en Bélgica, en la Lyonense y aun en la Aquitania. Los nombres propios se refieren á las formas y á las reglas de la onomástica latina. Con las deidades nacionales se mezclan, en mayor número, las figuras del Olimpo itálico. Reaparecen las representaciones mitológicas familiares á los artistas romanos. Se creería vivir en una Narbonense grosera y semibárbara.

No hay que fiar en las apariencias. Los monumentos, las inscripciones no lo dicen todo. Detrás de ellos se adivina la realidad. En prueba de que ni la lengua ni las costumbres romanas arraigaron en esta región tenemos el hecho de que han desaparecido, sin gran resistencia á la invasión, y esto es cierto aun en parte de Bélgica. La civilización latina, en vez de infiltrarse gradualmente, se impuso, en las clases donde penetrara, con gran rapidez, merced á los ejércitos y al obligado

Al establecer el ejército permanente el gobierno imperial lo distribuyó en guarniciones fijas, en campamentos estables (*castra stativa*). Estos campamentos dieron origen á las ciudades. Podemos fácilmente reconstituir la historia de estas agrupaciones, de las que Maguncia nos ofrece tal vez el ejemplar más interesante.

La historia de Maguncia es la de una agrupación militar y civil que evolucionan cada cual por su lado en sentido inverso. La segunda se desarrolla á expensas de la primera y la absorbe en una organización municipal común.

El campo atrincherado establecido por Agripa en la confluencia del Rhin y el Main perdió en 89 la mitad de su guarnición. Quedábanle todavía fuerzas considerables: una legión y tropas auxiliares. Pero la construcción y la defensa del *limes* exigieron pronto el empleo de numerosos destacamentos tomados de estos cuerpos. Así desde los comienzos del siglo II quedó muy reducido el efectivo de los combatientes. Se modificaron y alcanzaron mayor importancia los servicios administrativos. Una medida tomada por Septimio Severo (193-211) terminó la transformación. Hasta entonces los soldados vivían en cuarteles. Se les permitía casarse en la forma inferior del concubinato con mujeres del país, pero permanecían en el recinto fortificado, donde sus concubinas no podían habitar con ellos. En lo sucesivo pudieron vivir juntos bajo el mismo techo, y el

campamento perdió su calidad de tal. Abandonado por los soldados, vino a ser mero lugar de reunión, un campo de maniobras con oficinas, almacenes y otros edificios que ocupaban el terreno destinado antes a los acantonamientos. Se puede fijar en el reinado de Septimio Severo y Caracalla, Heliogábalo y Alejandro Severo, la construcción del pretorio, del palacio del legado, de la basílica en que se administraba justicia, del *Tabularium* ó edificio de los archivos, de las termas, de los arcos de triunfo.

Los campamentos estaban situados a corta distancia de aldeas de los que tomaron nombre. De esta manera se ha convertido en Maguncia la aldea céltica de *Mogontiacum*, donde había una población mixta, compuesta de indígenas y de ciudadanos romanos. Estos abarcaban dos elementos distintos, los vivanderos y los industriales de toda especie y categoría, y los veteranos. Estos podían partir con la licencia absoluta, pero la mayoría permanecían en la comarca. Estaban cerca de su bandera, que para ellos constituía la patria única. Se toleraba la población. Dependía del poder militar y habitaba el «territorio de la legión,» de donde podía ser expulsada en caso necesario sin otra forma de proceso. Pero los ciudadanos romanos lograron formar una de esas asociaciones, uno de esos *conventus* que existían en todas las provincias. Lograron en el seno del *conventus*, bajo la alta inspección de un curador, distribuirse en corporaciones especiales. Conocemos el colegio de los veteranos y el de los vendedores al por menor (*negotiatiores manticularii*). En el siglo II vemos el primer esbozo de las instituciones municipales. La paz que reina y la consiguiente prosperidad favorecen el progreso de esta población, que se acrecienta a medida que disminuye la del campamento. Se distribuye en muchos *vici*, por lo menos cuatro, cuya yuxtaposición sucesiva corresponde a los acrecentamientos del núcleo primitivo, la vieja Maguncia (*vetus Mogontiacum*). A fines del propio siglo, con posterioridad al decreto de Septimio Severo, el campamento no es más que una dependencia de la ciudad, un barrio destinado a polígono y a establecimientos militares. En la misma época el *conventus* está regido por una «orden de decuriones» y se lo llama «la orden de los ciudadanos romanos.»

Con todo, transcurrió un siglo antes de obtener Maguncia el título de ciudad. Era la verdadera capital de Germania y sólo formaba un conjunto de *vici*, siendo así que otras poblaciones de igual origen y de importancia menor, Lambese en Africa, Apulum en Dacia, Carnuntum en Panonia, gozaban de la plenitud del derecho municipal. Se debe atribuir esto a la situación excepcional y ventajosa en extremo de los ciudadanos romanos establecidos en Maguncia. No se ha observado que cuando éstos se reunían en las cercanías de otros campamentos se les autorizase para organizarse en *conventus*. Se juntaban con los indígenas en un *vici*, el *vici Kanabarum*, así llamado en memoria de los *kanabae*, barracas donde se aposentaron en un principio. Tales eran los que encontramos en *Argentoratum* (Estrasburgo). Ya se comprende que en tales condiciones trataron de transformar su *vici* en municipio ó en colonia. Pero los ciudadanos maguntinos poseían en su *conventus* garantías bastantes para la defensa de sus intereses, y por otra parte la concesión del derecho mu-

nicipal atentaba a su prestigio asimilándoles a los indígenas. Si es verdad que vivían confundidos con estos últimos y que por ello se hallaban sometidos al régimen común, no lo es menos que conservaron sus privilegios de ciudadanía. Ahora bien: la concesión del derecho municipal en aquella época equivalía a conferir el derecho de ciudad a todos los habitantes. Y esto ocurrió, al fin, entre 276 y 303 por decreto tal vez de Probo.

Maguncia siguió siendo plaza fuerte y el principal baluarte del Imperio en el Rhin. Los bárbaros se apoderaron de ella dos veces, en 406 y en 409. La segunda vez la población quedó destruída. Floreció de nuevo con sus obispos, y en los comienzos de la Edad media desempeñó otra vez el gran papel que alcanzara en el primer período de su historia. De allí partió la civilización cristiana, que se extendió por la Germania. De los edificios romanos subsiste poca cosa: el *Eigelstein*, que parece ser la reliquia del cenotafio erigido a Druso; algunos pilares del puente construído el año 90 y restaurado dos veces por Caracalla y Maximino. Pero el Museo es de extremada riqueza. En medio de las inscripciones, de los monumentos fúnebres y bajos relieves que contiene, evocamos la imagen de Roma en sus luchas contra la barbarie germánica.

CAPÍTULO II

VIDA INTELECTUAL Y MORAL

I. El latín y el celta. Las escuelas.—II. Literatura.—III. Arte.
IV. Religión y costumbres.

I.—El latín y el celta. Las escuelas (1)

Cuando se quiere formar juicio acerca del estado del país bajo la dominación romana, lo primero que llama la atención es el arraigo adquirido por el latín.

Entre todas las pruebas, la más eficaz la proporciona la epigrafía. Se han descubierto en la Galia más de diez mil inscripciones, muchas de ellas que se referían a las clases bajas de la sociedad. Entre ellas no hay veinte en celta y es probable que provengan del siglo I.

La difusión del latín no supone que desapareciera el celta, poco empleado en escritura. Pero esto no indica que no se hablase. Podía entenderse el latín y no usarse. Podía usarse con preferencia, sin dejar de recordar el celta. No se trata de saber si se difundió el latín, sino si se perdió el celta y en qué época.

La epigrafía no da una respuesta categórica. La Narbonense, donde los cávaros, según Estrabón, empezaron a hablar en latín en tiempo de Tiberio (2), es, a

(1) OBRAS DE CONSULTA.—Budinsky, *Die Ausbreitung der lateinischen Sprache über Italien und die Provinzen*, 1881. Gröber, *Grundriss der romanischen Philologie*, I, páginas 290 y siguientes, 1888. Bonnet, *Le latin de Gregoire de Tours*, 1890. Brunot, *Origines de la langue française*, publicada bajo la dirección de Petit de Julleville, I, 1895. Mohl, *Introduction à la chronologie du latin vulgaire*, «Bibliothèque des Hautes Etudes,» 1899. Naudet, *Memoire sur l'instruction publique chez les anciens et principalement chez les romains*, «Mem. de l'Acad. des Inscr.», 1831. Jung, *De scholis romanis in Gallia comata*, 1885. Boissier, *La fin du paganisme*, 2.ª edición, 1894, I, páginas 145 y siguientes. Julian, *Les premières Universités françaises. L'école de Bordeaux au IV siècle*, «Revue internationale de l'Enseignement,» 1893.
(2) IV, I, 12.

no dudarlo, una de las comarcas de donde más pronto desapareció el celta. La epigrafía de la Narbonense no sólo es la más rica, sino la más correcta y mejor repartida. La de las tres Provincias, menos abundante, casi pobre, sobre todo en el Centro y Noroeste, es de un estilo malo y se halla concentrada, por regla general, en las ciudades y en sus alrededores. Se comprende que en tales regiones, sobre todo en las campiñas, el latín tardó en imperar.

Hay más de un ejemplo de un pueblo que olvida su idioma, pero sólo ocurre este fenómeno de un modo lento. En la Galia tardó más de cuatro siglos en realizarse.

¿En qué fecha podemos aún comprobar la supervivencia del celta? Los textos no abundan, y entre los que se citan los hay poco convincentes.

No vale la pena de fijarse en el párrafo de Sidonio Apolinario, escrito en 471 ó algo después, en el que felicita a su amigo Ecdicio por haber enseñado a la nobleza arvernia el estilo oratorio y poético que la indujo a «dejar el rudo idioma celta» (1). No se trata de otra lengua que la latina, pero de un latín provincial, distinto del que se hablaba en los círculos elegantes de Roma. Cincuenta años antes, a principios del siglo V, Sulpicio Severo introdujo en sus *Diálogos* un galo de la Galia central que refería los milagros de San Martín a los aquitanos. Estos eran reputados por su cultura. Como quiera que se excusara de su latín macarrónico, uno de sus interlocutores, impaciente, le dijo: «Háblanos en celta ó en galo; pero háblanos de Martín» (2). La diferencia que estas palabras establecen entre el céltico y el galo no sabemos verla; probablemente se trataba de un juego de palabras relacionado con el personaje, que se llama Gallus (*Gallus, gallice*). Pero tampoco podemos decir con seguridad si ese celta ó galo es sólo un latín menos puro, como en el caso de Apolinario. Aun cuando se refiera al verdadero céltico, esa salida no prueba que el uno fuera capaz de hablarlo y el otro de entenderlo.

Lo cierto es que hasta la época de las invasiones se usaban palabras celtas. Auonio, Fortunato, Gregorio de Tours (3) citan algunas y explican el significado que tenían en su tiempo. Marcelo de Burdeos, en su *Pharmacopea*, traduce al celta el nombre de distintas plantas. Pero la supervivencia de algunas voces no atestigia la de la lengua entera. Cabe señalar el nombre de *Bagaudos* que se dieron los rebeldes a fines del siglo III (4). No es de suponer que lo tomaran si hablaran en latín.

Llegamos a hechos más significativos. Ireneo, obispo de Lyon desde 178, nos dice que se ocupa más en aprender un dialecto bárbaro que en pulir su griego (5). No hablaría así del latín. Se refería al céltico, que le convenía aprender para sus predicaciones.

La biografía de Alejandro Severo cuenta que en 235 este emperador, hallándose preparando la expedición

(1) *Epist.*, III, 3.
(2) «Celtice, vel si mavis, gallice loquere, dummodo Martinum loquaris.» *Diálogos*, II, 1.
(3) *Ordo nobilium urbium*, XIV, 32. *Carmina*, I, 9. *Hist. Francorum*, I, 30; IV, 31. *Vitae Patrum*, XII, 2.
(4) Capítulo III, párrafo 2.
(5) *Contra Haereses*, I, prefacio. Migne, *Patrología Griega*, tomo VII, página 444.

en que murió, fué advertido por una druida a fin de que desconfiara de sus soldados. Tal advertencia se la hizo en celta. La anécdota no es auténtica, pero los que la propalaron no pensaban que a mediados del siglo III se hubiese olvidado el celta.

Tenemos un buen testimonio para la misma época. Es un pasaje de Ulpiano autorizando que los fideicomisos pudiesen estar en latín, en griego, en cualquiera lengua y sobre todo en púnico y en celta (6).

Desde tal fecha hay que saltar más de siglo y medio para llegar al texto de San Jerónimo (331-420.) En su *Comentario a la epístola de San Pablo a los galatas*, Jerónimo nota que este pueblo de raza celta, inmigrado en el Asia Menor desde 278 antes de J. C., conservaba una lengua propia que ofrecía puntos de semejanza con la de los treverios. Se ha impugnado tal cita suponiendo que se refería a cualquier documento antiguo; pero como Jerónimo había estado en Tréveris, es de suponer que se refiere a recuerdos personales, propios (7).

El testimonio de San Jerónimo es el último que menciona el celta, y de todos modos, en tal época todos hablaban corrientemente el latín. San Martín, obispo de Tours en 372, nació en Panonia y no hay indicios de que conociera la lengua de los galos. Y ya se sabe que su palabra ejerció gran influjo en las masas.

En el siglo VI el celta estaba olvidado en absoluto. Entonces aparece el romance, que es una transformación del latín en que apenas hay voces celtas. De las veintiséis palabras que hay en nuestro vocabulario actual, provenientes del celta, hay diez que antes de ser francesas pasaron por el latín. Y si no ocurre lo mismo con las otras, se puede suponer, porque no se ha demostrado lo contrario.

El latín que dió origen al romance era el latín popular. Nada demuestra tan claramente el abandono en que cayera el celta.

El latín popular ó vulgar pasó de Italia a las provincias con los legionarios y colonos. Así pasó al mundo occidental, donde se hablaba, pero no se escribía, pues las mismas inscripciones estaban redactadas en formularios. No se puede reconstituir este latín sino en sus caracteres generales. Es muy difícil seguirlo en sus troncos con las lenguas indígenas. Lo esencial es que difería del latín escrito y del empleado por las clases elevadas, por parecidas tendencias que las que han prevalecido en la formación de las lenguas modernas. Las relaciones de filiación entre el romance y el latín vulgar son patentes. Por otra parte, es indudable que el romance no tomó nada del vocabulario céltico. De todo ello resulta que el latín vulgar se impuso a las clases inferiores y reinó sin competencia. Encerrado en tales límites por el latín literario, salió de ellos cuando la decadencia del gusto lo entregó al dominio de la sociedad entera. Apartado el obstáculo que se le oponía, se extendió por todas partes, se desarrolló libremente y reemplazó al la-

(6) *Digesto*, XXXII, 11.
(7) Migne, *Patrología latina*, tomo XXVI, página 357. M. Perrot («Revue celtique,» 1870-1872, páginas 179 y siguientes) observa que hacía mucho tiempo que el celta había desaparecido de entre los galatas; pero que quizá subsistía como patués. Fustel de Coulanges (*Gaule Romaine*, página 129) dice que la lengua de los treverios era la germánica. Esto es un error. La onomástica de los treverios es celta.